

LITERATURA Y VIVENCIA



Isaac de Vega



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2001

© Academia Canaria de la Lengua
© Isaac de Vega

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. A.

Dep. Legal: TF. 1.014-2002

ISBN: 84-96059-07-3

A LA PREGUNTA tan repetida, y contestada de tan diversas maneras, de por qué algunos nos dedicamos a escribir, yo podría dar también una respuesta ocasional, pero lo cierto es que los motivos que empujan a la Literatura pertenecen a un mundo confuso y nebuloso. Me refiero a la Literatura como expresión artística y vocacional. A veces he pensado que es una casi natural actividad, como otras que nacen en la infancia, sin ninguna precisa intención. Lo mismo que el dibujar. Un chico, casi todos los niños, toman ávidamente un lápiz. Dibujan cualquier cosa que pase por su mente o contemplen sus ojos. El trazar unas simples rayas ya parece serles un placer y un descubrimiento. De la misma manera la fabulación es una manifestación importan-

te en el mundo de la infancia; ellos se reúnen y narran y escuchan incansables los cuentos y las historias. Incluso alguno los absorbe ávidamente. La televisión ha destruido en gran parte estos contactos que hace años los niños mantenían.

El pase a una posterior etapa escrita se produce en aquellos a los cuales les place la lectura, a aquellos a los que les gusta leer sus aventuras, sus pinochadas, sus pulgarcitos. Se ven empujados a construir ellos mismos sus propias historias. El tema es el determinado por sus conocimientos, es decir, un plagio de lo leído. Creo que más bien que tener cosas que decir les mueve el querer decir algo. La escritura, esa literatura primera, es una energía de acción, un empuje casi independiente de la anécdota. Esta es una etapa primera para muchos escritores y, para otros, ya todo acaba ahí. Es una etapa que se puede considerar exploratoria, investigante. No se toma como trabajo y en algunos casos se profesionaliza parcialmente, por desig-

nar de alguna manera la persistencia fabuladora a un nivel de comunicación por medios comunes como periódicos y revistas. Se pudiera suponer que una fuerza externa nos obliga a esos trabajos, energía, como dije, que impulsa a la escritura y que puede no encontrar en que plasmarse. Están las condiciones de trabajo pero falta la materia para modelar. Se quiere decir algo pero no se sabe qué. Otro día, cualquier sencilla idea, una sensación, una emotividad, suministró los elementos para ponerse al trabajo. Pero hay otras formas más serenas y positivas dependientes directamente de una organización del intelecto. Se trabaja a través de un planteamiento y desarrollo, más o menos lógico, de cualquier historia. O los numerosos casos mixtos posibles.

Uno se encuentra desde temprano lanzado a este arte y no busca en ello compensación. Es un ratoncillo manipulando en extraños pero encantados mundos. Aca-so las personas quieren ser lo que admiran.

Muchos querrían ser actores, cantantes de ópera o de zarzuela porque esas manifestaciones les satisfacen y agradan. Sí, se quiere ser lo que se admira, no limitarse únicamente a espectador. Así, la admiración y entusiasmo que me causaban los cuentos, me empujó a hacerlos. De muchacho fabricaba mis revistitas a mano, en papel de envolver, y me absorbía y entusiasmaba en el trabajo. Hacía mis historietas a imitación de las que por entonces circulaban. Más tarde en el Instituto, con varios compañeros, lanzamos una revista literaria, mecanografiada.

Siempre trabajando en lo mismo hasta llegar, por fin, a las páginas de los periódicos.

En este intervalo no existió notable perfeccionamiento. No pudo haberlo. No hay literatos precoces como existieron los músicos tempranos.

Por otra parte, encerrarse en esta actividad literaria sin miras positivas (ser famoso, hacerse rico) puede suponer, verdadera-

mente, una anormalidad. Se sospecharía la existencia de una cierta dosis de autismo, que uno fue un niño retraído, un niño que vivía en mundos por él creados mediante la deformación de la exterior realidad. Disconforme o rechazado por el contorno se ve obligado a la creación de un propio espacio. Pero ya quedan oscuros esos lejanos tiempos y son de tan difícil colocación que únicamente se puede exponer la sospecha de que así haya ocurrido.

Y pasaron esos turbios años de la adolescencia en que nada, en un sentido literario, hacía, casi olvidado de historias e invenciones. Hubo que adaptarse a la corriente real de los hechos, al bien definido mundo circundante, a lo común que cada día nos envuelve y toma, a esas tareas comunes al vivir de todos que nos va llevando a través de las estaciones. Sólo que, cuando algún hecho lo suscitase, me encontraba de nuevo junto a la máquina: un relato que me hubiera impresionado, un li-

bro, el trabajo de algún amigo. Pero en ese tiempo fueron productos muertos que nunca alcanzaron vida pública. Mi musa, mi vocación, era voluntariosa. Pasados ya los veintitantos me dediqué a enviar cuentos y artículos a los periódicos, que fueron siempre rechazados. En ese tiempo primero estaba yo de profesor de primaria por las islas y hasta el regreso a Tenerife, en que reanudé mi vieja amistad con Julio Tovar y trabé conocimiento con Rafael Arozarena y algún otro, estuve tranquilo.

Fue por intermedio de Julio Tovar que logré ver publicado la primera de mis historias, en la revista *Tenerife Gráfico*. Más tarde, y también gracias a la mediación de Tovar, publiqué en la *Gaceta Semanal de las Artes*, del periódico *La Tarde*, mi segundo cuento, "La Pelirroja", al que ya siguió toda la serie de mi obra sin dificultades mayores. Al contrario, ya se me pedían originales para esa página. También hacía reseñas de libros leídos o que expresamente

me pasaban. Esta época de la *Gaceta* fue larga y productiva. Su publicación se alargó durante años y tengo, visto desde ahora, una impresión de que ella tuvo una capital importancia. En un principio estuvo movida bajo la influencia de la generación anterior. Y esa generación fue la que dio impulso y ánimo a la nuestra. Contribuyó con su aliento a sostener la hoja. Sobre todo de parte de Domingo Pérez Minik.

Por aquellos días de la *Gaceta Semanal* me lancé a la más pesada tarea de escribir largo, animado por la acogida de estas primeras publicaciones. Construí dos novelas cortas, de unos treinta folios, con la intención de mandarlas a los concursos. Era una obra objetiva, externa, influenciada en gran parte, en el modo de composición, por Pío Baroja, principalmente. Y también con el peso de restos de lecturas de novelas juveniles de aventuras. Una de ellas fue escrita expresamente para Goya Ediciones, que proyectaba hacer una colección de obras

cortas, a estilo del Cuento Semanal, o colecciones similares anteriores al 36. Fracasó el plan y poco después las destruí. Eran obritas de acción, ya con base original y en busca de un propio camino al no satisfacerme plenamente el modo de los maestros de entonces.

Pero el verdadero camino, una mayor madurez, la expresión más en conformidad conmigo, apareció en las obras posteriores, tanto en cuentos como en la narrativa larga. Influyó poderosamente en ello mi estrecha relación con Rafael Arozarena. Habíamos simpatizado bastante rápidamente y establecido una fuerte mutua influencia. El tuvo una niñez también, en cierto modo, independiente o recogida en un propio pequeño universo. Estas infancias, similares en algunos puntos, hizo que habláramos largamente y se fuera aclarando en mi cabeza eso que después llamaríamos Fetasa. Las charlas tuvieron una orientación que rozaba con temas filosóficos vitales

que llenaban vacíos y orientaban direcciones, hablando aproximadamente, a nuestras indecisas vidas. Arozarena hablaba largo y nosotros, pues también estaban con él Antonio Bermejo y José Antonio Padrón, le escuchábamos y discutíamos. Si no llega a ser por esta relación, mi obra, si es que hubiera llegado a continuar, hubiera sido diferente. Como producto primario de esta transformación mental surgió mi novela *Fetasa*, que sería admitida al premio “Viera y Clavijo”, convocado por Goya al principio de los años cincuenta.

Sí... Se va a cumplir medio siglo de los primeros pasos dados para constituir lo que se llamara el grupo fetasiano. En un intento de describir y situarnos en aquellos primeros años, en que fue perfilándose en ese grupo una cierta comunión de ideas, podemos suponer un cuadro, una diluída y a la vez clara y oscura, por partes, imagen fuertemente surrealista, en que nos vemos en un espacio abstracto que envuelve un in-

definido cielo, nuestros pies sobre la llanura seca, y el aire quieto. Nada tiene forma; si acaso puede que un viento anterior haya arrastrado figuras y cuerpos deshinchados y los haya arremolinado, recogido, inertes y tristes en su abandono, en algún rincón extremo del solitario paisaje. Sus ojos, los de algún polvoriento personaje, sin embargo miran serenos la infinitud de los cielos. Un cuadro de inmovilidad con sus misterios comunes, en el que late la esperanza de un despertar en que esas figuras muevan sus brazos y sus cabezas.

Porque todo alrededor fue destruido, no por una tierra que temblara sino por unos corazones que temieron la sequedad y la ruina, huyeron de caer en las pendientes que desde tiempo atrás estaban hechas para que por ellas resbalaran. No aceptaron el antiguo paisaje, como tampoco ninguno de los anteriores lo hicieron. Les fue preciso creer en la existencia de senderos conducentes a informes términos. Luego sí

se sabrá que, como siempre, acabarían por los rincones del Ateneo, de los centros culturales y algunos, los que tuvieron especial sabiduría, colocados por ahí en unos tronos de ciencia ficción, dorados y barrocos, donde se encuentran a gusto. Pero, a pesar de ello, como dice un desconsolador refrán, todos esos que creyeron en su juvenil vanidad, pararán posiblemente y como siempre, en una tontería de los tiempos, en una diluída inútil vanidad.

Ellos creyeron empezar, casi comenzar la Historia, y esperar amaneceres en las lejanías de las oscuras y amorfas nubes. Es la eterna energía del hombre que le lleva al continuo movimiento, a saber qué es lo que pasa en Marte o en lo profundo del mar; siempre es lo mismo. Son como inquietos pero débiles y ciegos arcángeles que blanden sus espadas de fuego y miran su contorno, que rompen el aire y abren valles sobre nuevos espacios. Miran y descubren cosas, creen descubrirlas, se encan-

tan con ellas y a veces fatalmente se duermen en los jardines que sus poderes crearon.

Para otras gentes el paisaje es frondoso y los árboles mueven sus redondas copas movidos por los tranquilos vientos, sienten el calor dulce de los soles y el romántico centelleo de las estrellas: están expresamente hechos para contemplar este redondo mundo. Pasean sus espíritu dentro de los cuerpos nutridos de alimentos buenos y la benevolencia y la magnanimidad sale de ellos como una radiación amistosa cuyas ondas se extienden hasta lejos. Sus ojos son serenos y nada reflejan que no sea la perfectibilidad del mundo. Todo se sigue, todo se continúa. Nuestros antepasados lucharon feroces y lograron la evolución del pensamiento, la organización lógica del funcionamiento de las mentes, Está alrededor todo. La materia es inacabable. Está para que los hombres la tomen

con sus manos y para que, siguiendo los caminos de los padres, la moldeen.

Si la base fue el desierto, porque con el orgulloso pensamiento arrasaron con lo existente, el temor hacia el vacío hizo a la fuerza inventar el necesario orbe, y en su formación hubo de recurrirse a lo anterior, a lo que un tanto presuntuosamente consideraron materiales de desecho. No se puede prescindir del aire que durante siglos dio respiración y ánimo a tantas gentes. En verdad que en unos tiempos primeros totalmente fuimos parte del conjunto y cantamos, intentando hacerlo bien, al unísono de lo imperante. Y es que jamás se puede partir de la nada. Pero ya no resultaba correcto el manipular de lo excesivamente sobado. Es contrario al entusiasmo de unas primeras conciencias.

Y así se hubo de arrinconar los romancitos lorquianos que con más o menos independencia se producían; las aventuras barojianas, las regurgitaciones unamunescas, los

esteticismos de Azorín. Dejar eso atrás, ya gastado y poco convincente para la nueva era, despreciarlo y trabajar en consonancia con unos supuestos nuevos tiempos. Y entonces, por consiguiente, meterse en mundos fantasmales todavía no hechos, dar forma a aquello que no la tiene, mover espíritus con unos concordantes ritmos.

Sí, allí se encontraron con un casi total vacío que de alguna manera era preciso llenar. Colocarse en un proceso de verdadera y amplia creación. A su alrededor estaba lo de siempre, lo viejo. Los nuevos aires exteriores quedaron cortados por las altas montañas creadas por las políticas y las guerras. Pero todos somos hijos de una misma cultura, ésta de Occidente que se ha hecho universal y dominante; las otras quedan en anécdotas y contentamientos regionales. Y esa cultura, sus formas literarias, habrían de evolucionar partiendo de un mismo nivel. Durante unos años se desconocieron sus posibles logros en el

ámbito de los escritores famélicos y desinformados que fuimos.

Puntos del anterior surrealismo se mezclaron con un propio reciente existencialismo. Una mezcla tenue, distinta, y sin embargo perteneciente a esa moderna orientación desconocida. Porque la existencia de ese fetarianismo implicó un alejamiento de las cuestiones que primariamente ocupaban a las gentes, las cegadoras y torpes políticas desaparecieron y quedó un hombre más desnudo, más allegado a lo que pudiera ser su integridad, despojado de componentes sociales, de pasiones combativas en la convivencia de los unos con los otros. El hombre se encuentra solo; sus posibles acompañantes son las propias ideas justificadoras de su soledad, sobre su esencial ser, sobre el hombre que puede llegar a ser verdugo de sí mismo.

Está situado, ciertamente, en un paisaje surrealista. Los primeros planos, necesariamente inficionados, han desaparecido y

queda la Naturaleza en una más exacta comprensión, el paisaje es vivo y llega a ser una parte del hombre. Se siente la tierra con hondura, más extrañablemente, sin dialécticas añadiduras, sin torpes arreglamientos.

Llegado el momento, en nuestro cuadro que por instantes pareció aclararse y sus figuras adquirir perfil, todo se vuelve a empalidecer y a disolverse en ese imaginado lienzo, porque nada ha de perdurar de estas historias nuestras, si no es acaso en libros restringidos o en estudios de eruditos.

I S A A C D E V E G A